

Reflexiones sobre el uso del espacio en el análisis del niño

*Maren Ulriksen de Viñar**

Resumen

A propósito del material de análisis de un niño con trastornos disarmónicos del desarrollo, capturado en un contexto familiar patógeno, recorreremos el uso que hace del espacio transferencial. Afirmándose en la disponibilidad del analista, en la confianza instalada al ser escuchado y reconocido, el niño inviste creativamente los diferentes “lugares” del consultorio.

Desde el inicio, la formulación por el analista del sufrimiento expresado en la lengua materna, separa la confusión de lengua en sus vínculos primarios, diferencia, separa, dando espacio al surgimiento de la metáfora inédita, nuevo lugar psíquico que inaugura un nuevo recorrido y ordenamiento del tiempo y el espacio, anclaje para la construcción de su historia. Se observa el cambio desde la descarga lúdica a la apertura y despliegue de nuevos recorridos, reconocimientos, recuerdos, que constituyen otros tantos espacios psíquicos. Progresivamente el ejercicio de investidura de todas las superficies y lugares, va posibilitando el ejercicio de la creación confiada y placentera de nuevas metáforas, expresión simbólica de su deseo.

Summary

In relation to the analysis of a boy with developmental disharmonic disorders captured in a pathogenic family context, we analyze the use he makes of transferential space. Supporting himself in the analyst's availability and the trust that emerges as he is listened to and accepted, he creatively invests the different “places” in the consulting room.

* Miembro Titular de APU.
Joaquín Núñez 2946, Montevideo, Uruguay.

From the beginning, the analyst's formulation of the suffering expressed in the maternal tongue, separates the confusion of language in its primary bonds, differentiates, separates, giving space to the emergence of the inedited metaphor, a new psychic place that inaugurate a new journey and ordering of time and space, an anchorage on which to construct his history. We can observe the change in the ludic discharge to the openness and display of new journeys, recognitions, memories that form so many others psychic spaces. Progressively, the investment of all places and surfaces, allows for the exercise of the pleasurable and confident creation of new metaphors, symbolic expression of his desire.

**Descriptores: PSICOANÁLISIS DE NIÑOS / TRANSFERENCIA /
CONTRATRANSFERENCIA / ANGUSTIA DE SEPARACIÓN /
CASO CLÍNICO**

Autor-tema: Ferenczi, Sandor

Intento en este trabajo avanzar algunas reflexiones, a partir de la clínica, acerca del uso del *espacio transferencial*, y su despliegue en un tiempo no lineal creando a través de la rememoración nuevos “lugares psíquicos”^(2,3) nuevas inscripciones, nuevos reordenamientos, donde resuena lo antiguo pero se construye o reconstruye, por el niño con su analista, una autobiografía que ordena el recorrido de un sentido en el tiempo y el espacio del cuerpo y el lenguaje.

Más que tratar el problema de la categoría espacio,⁽⁵⁾ pretendo desde la clínica de la sesión describir vivencias vinculadas al uso del espacio y su investidura: movimientos de translación, unión, división, inclusión, exclusión, intrusión, abarcamientos, repliegues, en tanto cierres y aperturas del psiquismo, constituyendo figuras de la “ocupación” (*Besetzung*) de un territorio, de una superficie.

El uso concreto del espacio que hace el niño en las sesiones, sirve de superficie de inscripción de huellas, de despliegue de trayectos, de escritura y borramiento. Las formas particulares de este uso y ocupación del espacio me parece estar directamente relacionado a la precariedad y sentimiento de emergencia que marcó desde el inicio el

trabajo analítico con Axel, ya que sabíamos que en el plazo máximo de un año y medio la familia debía cambiar de país de residencia.

La historia del niño envuelta en el psiquismo materno

La historia de Axel es la historia de la ansiedad desbordante de la madre, de su apego excesivo, simbiótico con los hijos, de su conducta cotidiana intrusiva y controladora, de la búsqueda ansiosa de la señal que certifique un daño ya ocurrido, de la crítica y descalificación al padre.

El relato de la madre está salpicado de interpretaciones causales: el daño traumático provocado por una diarrea prolongada al año de edad, los malos tratos y el abandono e ignorancia de las sucesivas empleadas domésticas, la incapacidad de colegios y maestros para tomar en cuenta el bilingüismo familiar, etcétera, etcétera.

Historia familiar marcada por silencios, por violencias, por desentendimientos profundos, por discontinuidades en el cuidado de los niños. Los dos hijos de la pareja, Axel y su hermano 4 años mayor, transitaron por varios países, varias lenguas, casas que no eran hogares (“No, no es una casa, me dijo Axel, es la NNN”, nombrando al organismo en el cual trabaja el padre), lugares donde la familia no podía dejar sus marcas personales, cambios de niñeras, de escuelas. Desde hacía 3 años estaban viviendo en Uruguay, y los niños adoptan el idioma “uruguayo”, disfrutando de su manejo en la ciudad, insisten en el deseo de apropiarse de un terruño, de tener un hogar, una verdadera casa. Algunos conflictos seguidos de prohibiciones tajantes se desencadenan cuando los niños intentan marcar su lugar, como por ejemplo pegar un *poster* en la pared de su dormitorio, o Axel, de noche hacer un pequeño hoyito en el revoque de la pared al costado de su cama.

La conducta diaria de la madre con Axel está infiltrada de fantasías y ansiedades: “come poco, está adelgazando”; a pesar de ser un niño gordito, la comida toma tal relevancia que se le obliga, sin éxito, a comer algo “sólido” cada dos o tres horas. Durante meses llegó con jugos, leche y alfajores enviados por la madre, con la orden de alimentarse durante la sesión.

Se nos hace evidente durante el análisis y las sucesivas entrevistas con los padres, la cualidad patógena, excesiva de esta “locura materna” (6) que no puede jugar el rol de yo auxiliar, de continente o de sostén especular.

La figura del exceso riñe la relación de la madre hacia el hijo; oscila siempre entre el adelantarse y excederse en la gratificación y el exceso de frustración, lo que a su vez desencadena un exceso de excitación pulsional que desborda la capacidad integrativa, de ligazón psíquica del niño. La madre guiada por sus propios conflictos, no puede reconocer los deseos del niño. Axel está confrontado permanentemente a angustias de intrusión y de separación-abandono.

Por su parte, el padre, que prefiere verme a solas, me relata en el curso del análisis, y a propósito de dificultades conyugales evidentes, que su mujer sufrió un gran cambio después de la muerte, ocultada a los hijos, del primer bebé, a consecuencia de una malformación congénita. Cuando Axel tiene 2 años, muere, de un mismo tipo de malformación, el único hermano menor de la madre. El padre reconoce la ansiedad y excesivo apego de la madre con los hijos, que opera como barrera en su relación con ellos. Opta por retirarse a su campo de actividades. Ve a su hijo como un niño inmaduro pero inteligente y reconoce en sus conductas negativas y pasivas una forma de resistencia, un modo de poner sus propios límites.

Axel

Axel tiene casi 7 años cuando consultan por dificultades en el pre-escolar, se adapta mal al grupo, no es autónomo en las responsabilidades que le da la maestra.

Retraído, habla poco y mal; lo ven torpe y triste. La maestra piensa que es inteligente pero está siempre distraído y se presenta como un niño “bobo”. No rinde en las tareas escolares, interviene poco oralmente y se resiste pasivamente a cumplir las consignas.

La primera impresión de Axel es de un niño con una gran inhibición, con facies tristes, mueve su cuerpo en bloque, como una masa poco diferenciada; es gordito y poco ágil. Aunque comprende bien, incluso en las dos o tres lenguas que manejan los padres en la casa y con sus relaciones sociales, su lenguaje parece pobre, inmaduro, poco expresivo.

Me impresiona como “un animalito”, en el sentido de un niño poco tocado por las normas de la relación social. Varias veces al salir de mi casa orina en el árbol de la vereda o se baja el pantalón mostrando un granito o una picadura en las nalgas delante de desconocidos (como podía hacer un niño muy pequeño que aún no conoce el pudor y la vergüenza).

Asumí el desafío de iniciar un trabajo analítico de dos veces por semana, luego de ver al niño, afirmar la impresión de que se trataba de un niño inteligente y apreciar el desamparo y la profunda depresión junto con los riesgos de consolidación de una evolución hacia una estructura disarmónica. Se me hizo evidente además el peso de la ansiedad desbordante e intrusiva de la madre, así como el retiro del padre de la escena familiar.

En este caso, por la dificultad de recurrir a más de un técnico, ya que el hijo mayor estaba en psicoterapia psicoanalítica desde un tiempo antes, y el padre en análisis, opté por cumplir las funciones de analista con el niño, entrevistar regularmente a los padres, sostener el desborde de la madre, y participar como referente en el colegio, acompañando un cambio de institución y un diálogo con maestras y directora, hasta consolidar su adecuada recepción por el nuevo colegio. Estas funciones crean también diferentes lugares psíquicos y niveles de trabajo donde la escucha es psicoanalítica pero las intervenciones del analista deberán ser cautelosas y diferenciadas en cada situación, resguardando siempre el encuadre analítico con el niño. La conflictiva parental y la patología desplegada en los primeros encuentros, el riesgo de derrumbe psíquico y de evolución hacia una disarmonía psicótica de Axel, me llevaron a este trabajo complementario, necesario en mi criterio para mantener el análisis.

Quiero destacar el efecto contra-transferencial de desafío para mi condición de analista al sentir al niño en frágil equilibrio, oscilando entre la caída al derrumbe psíquico, y la locura y desborde pulsional erotizado y agresivo.

El niño difícil, enigmático, negativo, inmaduro, a quien le gusta “hacerse el bobo”, que me presentan los padres, aparece en mi percepción contra-transferencial de modo muy diferente, despertando el placer de poder situarme en mi función de analista que “comprende” y buscar representarme la situación vivencial del niño. Este registro opera, seguramente, como *seducción y enganche transferencia!* hacia el niño. Me afirmo en los primeros encuentros y propongo trabajar con él, y estar disponible para entrevistas periódicas con los padres, en especial con la madre, pensando que es necesario servir de continente a su desborde y ayudar a formular y conocer algo más la historia que envuelve al niño y su familia. Siento al mismo tiempo un gran peso, y un gran riesgo de fracaso.

Esta fuerza del efecto (afecto) contratransferencial inicial de simpatía, fue apoyada en el genuino pedido de ayuda del niño y sus padres, que sentí como forma de acordarme su confianza.

En su artículo “*Confusión de lenguas entre los adultos y el niño*” Ferenczi⁽⁴⁾ señala la importancia de la confianza del paciente en el analista. Dice: “*Esta confianza representa algo que opone el presente a un pasado insoportable y traumatógeno, un contraste indispensable para permitir al pasado ser revivido, no tanto como reproducción alucinatoria, sino más bien como recuerdo objetivo*”. Insiste también en resguardar el vínculo que nos une al paciente, *la indulgencia y bondad maternas*, cuya ausencia deja caer al paciente “*solo y abandonado en su más profundo desamparo*”. Llama a esta actitud: “*simpatía auténtica*”.

En un primer encuentro Axel me trasmite el sentimiento de estar viviendo una situación dramática de riesgo de muerte, que manifiesta, en contraste con su expresión facial casi ingenua, como ignorante de todo, en un juego donde el transitar de los autos por una carretera señalada en el piso se veía interrumpido una y otra vez por palos que se atravesaban metiéndose en las ruedas, provocando graves accidentes, vuelcos y salidas de la ruta que imposibilitaban la llegada a destino. Este juego, me produce en ese momento la evocación sorpresiva de un dicho popular, en la lengua materna del niño, que significa trabar, obstaculizar a alguien. Cuando se lo digo, sonrío con placer; sigue el juego y me habla en español.

Escribe Pedida,^(2,3) “*la escucha de la palabra del paciente (el juego en el caso de un niño) pone en obra una actividad de lenguaje... que revela la comunidad (mito-poética) de la lengua y, sus potencialidades de traducción tanto de ella a ella misma como de una lengua a otra lengua.*” Y más adelante pregunta: “*...¿de qué manera puede la escucha analítica –desde el lenguaje– producir la metáfora inédita de las palabras ordinarias?*”

Una de las mayores preocupaciones de los padres es que Axel repite el último año de jardinería en un colegio bilingüe, va a cumplir 7 años, no rinde como se espera, y especialmente, a pesar de comprender perfectamente los dos idiomas que los padres manejan por su origen, el niño se niega a hablar otro idioma que el español, que aprendió con los niños y las empleadas domésticas, mezclando palabras del portugués, ligadas según sus padres al recuerdo de la niñera portuguesa que se ocupó de él hasta los 4 años. Conmigo siempre habló en español, mientras que con los padres hablábamos otro idioma.

El niño responde a la *demanda contra-transferencial anticipada* sobre su deseo transferencial, demanda del analista de niños de recibir, adivinar, comprender las

fantasías y los deseos, aún no expresados, o aún enigmáticos en el niño. Inclusión del niño en el espacio del análisis.

El niño encuentra en el marco analítico, transferencial, el deseo del analista que convoca su propio deseo (por eso hablo de seducción).

Axel recoge el “*llamado*” transferencial, produciendo en el analista un efecto de sorpresa, el surgimiento de un dicho en la lengua materna, dando expresión verbal, consciente, a un punto de identificación personal, de gran fuerza afectiva, que me acerca a través del dicho popular a los aspectos tiernos de la madre real.

El analista le habla al niño –sujeto que juega y expresa su sufrimiento– *desde la lengua materna*. Sería éste un aspecto inconsciente de la contra-transferencia,⁽¹⁾ el que permite la simbolización por parte del analista, mostrando en ella la capacidad de separación, en este caso de los aspectos más tanáticos, intrusivos de la madre real.

En el caso de Axel pensamos que estamos frente a los efectos de la confusión de lengua descrita por Ferenczi, donde destaca que el adulto confunde el juego del niño, poblado de fantasías lúdicas, tiernas, en vistas a tomar un rol materno con el adulto, “*con los deseos de una persona que ya alcanzó la madurez sexual*”. Señala a propósito del estadio de la ternura o amor objetal pasivo, las consecuencias patógenas tanto del exceso de amor como de la privación de amor.

Cuando al ser todavía inmaduro e inocente, se le injerta de modo prematuro formas de amor pasional acompañada de sentimientos de culpa, la consecuencia es la confusión de lenguas. Padres, adultos y analistas deberían aprender a reconocer, dice, detrás del amor de transferencia de nuestros niños y pacientes, *el deseo nostálgico de liberarse de ese amor opresivo*.

La tarea del analista con el paciente sería entonces la de *des-ligarle la lengua*, desatarle la lengua, separar, *diferenciar el lugar de las dos lenguas*.

Recuerdo aquí, a propósito de la confusión de lengua, cómo Axel habla identificado con su padre Director-Jefe, de modo enfático, autoritario y desubicado a un paciente de 60 años que espera, preguntándole cómo se llama, qué hace ahí y diciéndole que su padre es el Director de NNN; también le habla dando órdenes, como un adulto despótico, al chofer que lo conduce a las sesiones.

Anticipación del deseo del analista. Seducción en tanto hecho fundamental, ineluctable de la experiencia de encuentro humano, reproduciendo la situación originaria de encuentro y confrontación del niño con el mundo del adulto, modo de

emergencia de la sexualidad. Tendríamos, como analistas, tal vez, la ventaja de llegar después que la madre, y de poder ver algo del anclaje de esta primera seducción.

Confusión posible de lenguas entre analista y niño en el sentido de no dejar espacio al desarrollo del lenguaje propio del niño sino someterlo al nuestro, teórico o aún más personal inconsciente.

Él abre la partida jugando, desplegando el espacio de la transferencia: algo que era desconocido, o aún no tenía sentido ni formulación se vuelve significativo. Espacio transicional, donde con gran precisión y pertinencia el niño va a introducirse, a través del juego, en la representación simbólica contenida en la metáfora.

Ambos, niño y analista, sustentados por el *espacio transferencial*, crean esta simbolización *en* y *desde la* transferencia, en la translación (traducción) del escenario de los signos en acción del juego a la lectura, por el analista, de la metáfora en una otra lengua. Queda ahí establecida, imaginariamente, la analogía entre dos objetos de pensamiento esencialmente diferentes.

Sorpresivo efecto de sentido; descubrimiento del poder crear entre ambos, en el espacio del va y viene transferencial; ganancia de placer que opera como motor para proseguir la búsqueda juntos. Surgimiento de una apropiación subjetiva y de una transformación dando muerte, a través del juego y su interpretación, al niño “bobo”, inmaduro, ignorante. Diversas emergencias que afirman el nacimiento de la transferencia.

Este pasaje, traslado de sentido de un sistema de significación a otro son constitutivos tanto de la metáfora como de la transferencia; *el despliegue espacial* del psiquismo, proceso central de la transferencia, adquiere el valor y la propiedad de la metáfora al permitir y facilitar la creación de nuevos sentidos.^{1,2}

Quiero insistir en que la transferencia en el dispositivo analítico, opera por sus propias cualidades como *espacio de la metáfora*. También conserva esta cualidad cuando, en el marco de la sesión, el niño repite y repite los conflictos y fantasías vinculados a su historia infantil pasada y actual, en un juego que en sí mismo podríamos calificar de metonímico, donde los términos están unidos por una relación necesaria.

¹. Tomemos el significado de metáfora: del griego: “trasposición” y de la retórica: procedimiento de lenguaje que consiste en una transferencia de sentido-término concreto en un término abstracto por sustitución analógica.

². Recordemos, como señala Arfouilloux que metáfora en griego, es la traducción exacta de “Übertragung”, la transferencia, que implica la noción de transporte y desplazamiento de un lugar en otro.

El espacio-tiempo de la sesión enmarcado por el encuadre, permite establecer una relación analógica entre dos registros diferentes, por ej. los cuidados maternos primarios, y el valor que pueden tomar en la transferencia, los contenidos y las formas del juego, recreando estos cuidados con un nuevo sentido, en un otro espacio.

Al deseo del niño o a su alienación, se le da *un lugar*, reconocimiento de existencia, suspendiendo todo juicio de atribución.

La exploración del otro y de sus propios contenidos representacionales, conscientes e inconscientes, que el niño realiza a través del juego, implica *proyección en el espacio analítico* de su mundo interno, transformación e invención con el otro analista, lo que le confiere al juego valor de acontecimiento psíquico, en tanto hito de una historia pasional, de *un entre dos* en construcción, resignificándose.

Despliegues espaciales

A partir de estas premisas, de nacimiento de la transferencia, de reconocimiento de sus cualidades en esta situación particular de confianza y desafío, de transferencias múltiples y contradictorias, quiero destacar el modo en que Axel usa el espacio analítico, en el corto tiempo de un año y medio a razón de dos sesiones semanales, y tres en el último tiempo, a solicitud del niño.

Durante los primeros meses de análisis, contaminados con la preocupación por las dificultades escolares, Axel parece indiferente, sordo a lo que pueda decirse, pero se expresa con torpeza lanzando la pelota violentamente y pateándola con rabia. Sólo por azar me alcanzan los pelotazos, como si estuviera solo con su rabia y desesperación.

Pasado un tiempo de descarga, Axel utiliza la pelota como forma de intercambio, de exploración. Intenta dominar el rebote solicitando que yo lo mire, que cuente los puntos sin saltar ninguno y los anote cuidadosamente llenando innumerables hojas. Debemos manejarnos en perfecta sincronía.

Al mismo tiempo va logrando el dominio de la pelota.

Bajo mi mirada atenta veo crecer mentalmente a un niño. Al poco tiempo maneja el conteo, empieza por la unidad y sigue por decenas hasta cien. Adquiere la serie numérica y usa diferentes operadores (los puntos valen 2,4, 5 ó 10). Al mismo tiempo va realizando operaciones: suma, multiplicación, sustracción. Todo esto lo domina

verbalmente y con gran esfuerzo logra la escritura correcta, aunque torpe, de unidades y decenas.

A partir de cien me pide que yo siga hasta miles y millones. Pensé en aspectos megalomaniacos de identificación al padre “millonario”, “poderoso”. Pero al encontrarme guardando ese enorme número de hojas cubiertas de cifras, privilegié la lectura contra-transferencial.

En el proceso analítico habitual, a tiempo abierto, el momento de la separación es virtual, en el futuro, como un punto en el infinito del horizonte que se va desplazando siempre más allá a medida que avanzamos.

Aquí el límite está fijado, presente, está llegando y se acerca a cada paso del tiempo. Siento que Axel se las ingenió para que numerando, seriando, multiplicando, anotando miles de cifras se lograra la ilusión de agrandar el espacio y el tiempo que nos separaba del final. Este atiborramiento de pequeñas unidades tenía la función de división casi infinita de la distancia a recorrer. La impresión era la de deslizarse velozmente por la superficie multiplicada del consultorio.

El trabajo psíquico, de razonamiento y simbolización, a través de la división en pequeñas unidades discretas, (como lo son las unidades fonémicas del lenguaje) permitía manejar y derivar la ansiedad en pequeñas cantidades, y al mismo tiempo, por un lado afirmar una presencia ocupando (*Besetzung*) un espacio más amplio, y por otro, descartar, negativizar la presencia de la ausencia.

El paso siguiente es cambiar de juego y colocar en el centro de una guerra, entre extraterrestres y humanos su objeto interno, secreto, dibujado con paciencia y esmero. Su “pagnigno” es guardado en un cofre blindado, secreto, dentro de la nave espacial y defendido por soldados humanos que se multiplican al infinito. Si lo destruyen es “el fin de todo”. Accedemos llevados de la mano por el niño, a su espacio íntimo, secreto, en función de humano protector y aliado. Al poco tiempo trae a la sesión su “pagnigno” (palabra acuñada con su niñera portuguesa), una vieja almohadita, objeto transicional en su origen, transformado en objeto acompañante que permite, tal vez, no perder a la madre-niñera sino identificarse con ella, cuidando a su “niño”.

Una vez transitado esta apertura a su secreto, los dibujos van cambiando de carácter. El se desplaza por el mapa terrestre, por diferentes lugares geográficos, trazando largos recorridos que unen la ciudad natal del padre, con su niñera, con Montevideo y el

consultorio, pasando por sitios lejanos que conoce solo el padre. Las hojas hay que ahora colocarlas tapizando el piso una al lado de la otra para cubrir estas distancias.

Más adelante me pide una carpeta para iniciar otra producción: La familia Monster. Dejaremos de lado la fantasmática alrededor de los monstruos cuyos contenidos de muerte, ataque, despedazamiento, transformaciones, etc. dan cuenta de procesos y contenidos muy locos. El nombrar a cada monstruo por una función o cualidad le permite entre otros, expresar sentimientos; por ej. dibuja el monstruo-pelota y me dice: “Te vendo el monstruo Axel por 100 dólares”. “¿No tiene a nadie que lo quiera comprar?” le pregunto. “No, a nadie” “¿Nadie, y la familia..?” “Nadie...”. “Entonces ¿está hecho pelota?”. “Sí, pelota”, me contesta.

Estos dibujos interrogan también la historia familiar, las muertes por malformación congénita, la orfandad de la madre y también el compromiso de parte de la familia en la 2a Guerra Mundial. Podemos decir, que la exploración se dirige hacia lo transgeneracional.

Acercándonos a la terminación, quiere dibujar en las paredes. Transamos en que dibuje y luego la lave con un trapo húmedo, operación que deja un tenue trazado que se ve con dificultad a menos que fijemos la atención desde lejos. Uno es un gran monstruo, al cual le marca sólo un ojo para observarme cuando él no está, y desde luego para ver a “otros”. Además mide su talla, comparándola con la del monstruo y me pide que marque su estatura “a ver si crece más este año”.

Los padres concretan la fecha del viaje de partida. Faltan dos meses. Cuando se lo digo, no escucha, y luego dice: “No, no es así, no es verdad. Voy de viaje pero sólo por tres días y vuelvo al Uruguay, como otras veces”. A quién dirige esta desmentida tranquilizadora ¿al analista? Me inquieto por el poco tiempo que nos queda para elaborar la separación.

Cuando reconoce la inminente separación, amplía el cuarto y se desplaza hacia la escalera que va a la planta baja y distribuye el tiempo de la sesión entre apurados dibujos en grandes cartulinas, y en armar con una colchoneta y almohadones una nave con la cual se desliza velozmente por la escalera en diversas posiciones, cabeza arriba, cabeza abajo, de costado etc. ensayando así múltiples posibilidades de separación: matarse, lastimarse (alguna vez salió rengueando porque se torció el pie), deslizarse con placer repetidas veces, irse solo, acompañado, intentar volver hacia atrás acostado sobre el colchón y pidiéndome que yo lo tire hacia arriba para reintroducirlo al cuarto de juego que está al extremo superior de la escalera. Múltiples sentidos se desplegaron. Me

interesa destacar el uso del espacio de la casa fuera de la sala de juego, mostrando así que el encuadre ya no alcanza: los bordes, los límites que hasta ese momento fueron continente de sus ansiedades, de su mundo interno, se ven ahora desbordados por los procesos psíquicos que desencadena una próxima y definitiva separación.

Los procesos pulsionales y el mundo fantasmático fueron contenidos por el marco de la sala de juegos. La realidad de la partida, despedida, separación, lo empuja a buscar un ensayo cuasi real de la misma. Repite y repite muchas veces la partida en sus múltiples formas: avión que llega a destino, avión que se cae y todos mueren, lo empujan a viajar solo y caerse, divorcio de los padres, llegada a un país desconocido y hostil, etcétera.

Durante un tiempo, adjudicándome poderes extraordinarios, me veía como la responsable de su partida a través del juego en que yo lo empujaba escalera abajo cayendo él al vacío y destruyéndose. Del mismo modo suponía que yo era capaz de retenerlo e impedir la partida, que habría decidido el padre. Fue un momento intenso cuando el niño reconoce y acepta que su padre, Director-Jefe, depende de otros que lo obligan a cambiar de país y de lugar de trabajo. El padre y también yo estamos sometidos a límites impuestos por otros.

Axel se esfuerza por mantener los procesos de simbolización (representación de la separación) cuando la realidad traumática y dolorosa marcada por la repetición, se aproxima.

En esas condiciones falla el juego en su valor metafórico, como espacio del como si, de ilusión, de representación fantasmática. Hay colusión con la realidad, el niño desplaza el juego de un espacio interno, conocido, que ahora resulta insuficiente, al espacio exterior la escalera, deslizándose para representar la separación en un escenario, (espacio-tiempo y organización de ese espacio) más cercano a la realidad concreta. El espacio transicional del juego es trasladado a la escalera, lugar real por donde se transita la partida. La metáfora retrocede y el jugar parece estar más cerca de una condensación de fantasía y realidad con gran peso constrictivo de la realidad, que sin embargo permite continuar el proceso de simbolización.

El deslizarse por la escalera configura una búsqueda de apoyo concreto al cuerpo saliendo del consultorio para desde ahí variar, buscar distintos sentidos, anticiparse y controlar fantasías de muerte. Nunca habló del afecto directo hacia mí, ni de extrañar, pero me aseguró que iba a volver de vacaciones al Uruguay.

Axel al insistir en el uso abarcativo, extenso del espacio centra la cuestión fundamental donde se debate su existencia como sujeto: *la creación y el afianzamiento de su propio espacio psíquico*, aún frágil, en construcción, desgarrado en sus límites y bordes, en los lugares de contacto e intercambio.

El niño busca con el analista la construcción de una superficie de proyección psíquica apoyándose en la función materna que asegure su calidad y su continuidad, y, en la función paterna que al separar permite que la ausencia se signifique en capacidad de pensar.

Bibliografía

1. ANZIEU, A. "Construction et contre-transfert en psychanalyse de l'enfant", Journal de la Psychanalyse de l'enfant, N° 6, 1989, pp. 63-86.
2. FEDIDA, P. "Théorie des lieux". Psa. Univ., 1989, 14, 53, p. 3-14.
3. FEDIDA, P. "Théorie des lieux" (2a partie) Psa.Univ., 1989, 14, 56, p. 3-18.
4. FERENCZI, S. "Confusion de langue entre les adultes et l'enfant. Le langage de la tendresse et de la passion", La Psychanalyse, N° 6, pp. 241-253.
5. FREUD, S. "La interpretación de los sueños", O. C. Amorrortu, 1979, vol. 4, p. 61.
6. GREEN, A. "Passions et destins des passions". N.R.P., 21, 1980.